



PADRE GEÓLOGO CARLOS EDUARDO ACOSTA ARTEAGA (1919 – 2001)



El Padre Carlos Eduardo Acosta, Geólogo Regional, Paleontólogo y Profesor de Geología en la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá, desde 1958, murió en la ciudad de Medellín el 23 de Febrero de 2001 en su casa paterna, después de varios meses de sufrir quebrantos de salud. Fue el tercero de los hijos del hogar formado por don José de Jesús Acosta Correa y doña Rosana Arteaga Fernández. Sus hermanos son, en su orden, Monseñor Eladio, Arzobispo Emérito de Santa Fe de Antioquia, Monseñor Ernesto (q.e.p.d.), Manuel, Hermana Ana, misionera de Santa Teresita, José, Jorge, Hermana Myriam, religiosa de la Presentación, y Juan.

El Padre Carlos Eduardo ingresó al Seminario Menor, en San Pedro, Antioquia, en enero de 1932. En 1936 inició su noviciado con los Padres Eudistas en el Seminario Valmaría (Usaquén) y cursó estudios de Filosofía y Teología entre 1937 y 1943. El 8 de febrero de 1940 ingresó a la Congregación de Jesús y de María; el 24 de marzo de 1943 fue ordenado Sacerdote y en 1944 inició su ministerio sacerdotal en el Seminario Mayor de Pamplona.

En 1945 recibió la Licenciatura en Teología en la Universidad Javeriana (Bogotá). En 1946 fue enviado al Seminario Mayor de Santa Rosa de Osos (Antioquia) y pasó al Seminario Mayor de Pasto donde ejerció su ministerio durante 1949 – 1950. En estos seminarios fue profesor de Sagrada Escritura, Dogma, Griego, Hebreo, Arte Cristiano, Botánica, Física y Química.

Entre 1950 y 1952 estudió Ciencias Naturales en Francia, en La Sorbona y en el Instituto Católico de París y obtuvo la Licencia en Ciencias Naturales.

De regreso en Colombia, hasta el segundo semestre de 1954, fue profesor de Sagrada Escritura, Griego, Hebreo, Historia Eclesiástica, Física y Química en el Seminario Mayor de Cali, y Mineralogía, Geología y Biología en las facultades de Ingeniería Química e Ingeniería Eléctrica de la Universidad del Valle. Regresó al Seminario Mayor de Santa Rosa de Osos y fue profesor de Dogma, Patrología, Orientalismo, Historia de las Religiones y Lógica Matemática.

En 1955 regresó a Bogotá al Seminario de Valmaría y entre 1958 y el primer semestre de 1965, sin dejar su cátedra en el seminario, se vinculó a la Universidad Nacional de Colombia como profesor del Departamento de Geología (hoy Departamento de Geociencias) de la Facultad de Ciencias.

Regresó a París y permaneció hasta 1967 en el Instituto Albert de Lapparent donde obtuvo el grado de Geología y Paleontología. Regresó a Bogotá y continuó sus labores en el Seminario Valmaría y en la Universidad Nacional donde fue distinguido como Profesor Titular en 1971 y como Profesor Emérito en 1980; en 1983 se jubiló de la Institución. Fue profesor de materias como Geología General, Mineralogía, Paleontología, Geología Histórica y Geología de Campo.

En 1973 fue recibido como Miembro de Número de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

En 1982 fue recibido como Miembro de Número de la Sociedad Geográfica de Colombia y como Miembro Correspondiente de la Real Academia de Ciencias de Madrid. Recibió, igualmente, el Premio Ricardo Lleras Codazzi y la Medalla en Geología de la Cooperación Técnica Francesa.

Al jubilarse, su Superior Religioso acepta su disponibilidad manifiesta para ir a un seminario y lo envía, al año siguiente, al Seminario Mayor Santo Tomás de Aquino de Santa Fe de Antioquia en donde fue profesor de Teología Fundamental, Teología Dogmática, Sagrada Escritura, Griego, Hebreo y Francés. Al tiempo, continuó sus investigaciones geológicas en el Macizo Colombiano.

En 1984 fue nombrado Miembro Honorario de la Asociación Colombiana de Geólogos y Geofísicos del Petróleo.

En 1997, debido a sus quebrantos de salud, suspende sus labores de profesor y se retira a vivir con sus hermanos hasta el final de sus días, en el barrio La América de la ciudad de Medellín.



El Padre Carlos E. Acosta, en su posesión como Miembro de Número de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Su hermano Ernesto (al centro) le impone la medalla. A la derecha, el Presidente de la Academia, Dr. Alfredo D. Bateman. 16 de mayo de 1973.

Su vida fue integral, es decir, vinculó y dio coherencia a lo religioso, lo familiar, lo académico, lo científico y lo personal. Fue sencillo, abierto a todos y ejemplar, incansable en su trabajo, desprendido de lo material, alegre y jovial, de palabra acogedora y con chispa especial para los chistes. Fue Profesor Formador integral, Evangelizador Formador y amigo y colega leal.

El Padre Acosta, como cariñosamente lo llamaban sus colegas profesores y estudiantes de la Universidad Nacional, es recordado allí como una persona sencilla y bonachona, con una gran capacidad de trabajo, listo siempre a ofrecer su ayuda y servicios a quien lo demandara. Para sus estudiantes, siempre fue un amigo, aunque severo cuando era necesario. Para sus compañeros profesores, un compañero incomparable, ya fuera en la oficina o en el campo. Se recuerdan muchas de sus anécdotas, tanto en el aula como en las salidas de campo. Persona infaltable en los cursos de campo del Departamento de Geociencias, era incansable

recorriendo en su trabajo grandes distancias y llegando a los lugares más inaccesibles, dejando muchas veces en el camino a colegas y estudiantes, mucho más jóvenes que él.

Un departamento académico necesita hombres como el Padre Acosta. Era un voraz lector de libros sobre muchos tópicos, pero era especialmente versado en Evolución y Paleoantropología. Era el invitado obligado no sólo de las reuniones sociales en el Departamento, sino en los hogares de sus colegas geólogos para matrimonios, bautizos y honras fúnebres.

Bajo su aspecto amistoso, alegre y divertido, era en realidad un hombre serio, con un profundo sentido de la justicia, y con una comprensión de lo social, y un rechazo a la charlatanería y a la politiquería. En ocasiones, se sentía vibrar con la intensidad de sus convicciones.

Las contribuciones a la ciencia del Padre Acosta se encuentran en la Tectónica del Norte de Sudamérica, especialmente en el Macizo Colombiano y en el corredor

interandino Cauca – Patía. Son famosos sus recorridos por los caminos del sur de Colombia; estaba familiarizado profundamente con la geología de esta región: con las ignimbritas de Totoró, del Páramo de Gabriel López, de Tierradentro (excavadas por los indígenas para sus hipogeos o tumbas talladas dentro de las rocas), de Paispamba y de la cuenca del río La Plata (Huila y Cauca); con las lavas modernas de los volcanes Puracé y Pan de Azúcar que el Curita, como se le llamaba también cariñosamente, denominaba genéricamente basaltos; con las fuentes termales de origen volcánico de San Juan y Coconucos; con los otros volcanes de la hermosa e imponente cadena volcánica de los Coconucos, el Sotará y los que servían de adoratorio a nuestros antepasados en la región de San Agustín.

Con él se aprendía, no solo geología, sino geografía, botánica y zoología. Sus estudiantes y colegas recuerdan bien sus brindis de despedida de las aguas que se dirigían al Magdalena, al Cauca o al Patía, en las divisorias de aguas de los Andes septentrionales; ellos aprendieron con él a encontrar los errores de las cartas geográficas sobre el nacimiento del río Cauca; conocieron las orquídeas más pequeñas y el ave más grande y grandiosa de Colombia, el cóndor; conocieron las estalactitas y estalagmitas de la Cueva de los Guácharos en la Cordillera Oriental, lo mismo que las aves nocturnas que dan su nombre a esas cavernas.

Quienes tuvimos la oportunidad de compartir con el Padre Acosta como colegas, como amigos o como alumnos, sabemos de su labor en la Tierra como ser humano sensible y comprometido y de su trascendencia para su generación y las subsiguientes.

JORGE A. BRIEVA
HÉCTOR CEPEDA
CARLOS A. MACÍA